

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



## PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre...	27
Semestre...	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

Los cuartos de hora, cuento, por D. Leandro A. Herrero (conclusion).—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuacion).—Revista de teatros: álbum de LA VIOLETA, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—Revista de modas: álbum de LA VIOLETA, por doña Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del grabado de lencería que se reparte con este número.—Esplicacion del pliego de dibujos y patrones que asimismo se reparte con el número á los suscritores.—Seccion de noticias.—Suscripcion para socorrer las desgracias ocurridas por la inundacion de Valencia.—Seccion de avisos y anuncios.—Pliego 62 de *La Pastora del Guadiela*, novela original de la señora doña Faustina Saez de Melgar, que se reparte tambien con el número.

## LOS CUARTOS DE HORA.

## CUENTO.

(Conclusion) (1).

La marquesa estaba inquieta, turbada, conmovida. Repasaba en su imaginacion la escena anterior, y preguntaba á *sotto voce* si no habia sido demasiado cruel y severa con aquel D. César que tanto la habia hecho rabiar, pero hacia quien la arrastraba una ira y latente simpatía.

Un cuarto de hora despues de hallarse Margarita entregada á aquella singular cavilacion, se presentó D. César en la estancia, no en el traje de lacayo que hasta entonces habia llevado, sino en traje elegantísimo de hombre de mundo y de moda, que le sentaba por cierto á las mil maravillas.

La marquesa le agradeció en el fondo de su alma aquella visita; pero como se veia ya precisada á sostener su papel de Lucrecia ofendida, exclamó con bastante aspereza:

—¿Qué viene V. á hacer aquí?

—Señora, dijo D. César con aplomo increíble, vengo á despedirme de V.

Y añadió con mucha emocion:

—Á despedirme para siempre.

La marquesa no replicó; pero sintió en el corazon un dolor tan agudo como el que produce la picadura de una abeja.

—Ha concluido la farsa, prosiguió D. César, ha terminado la comedia, que yo he desempeñado con librea de lacayo, y ahora empieza mi arrepentimiento. Así, pues, pido á V. mil perdones por las molestias que la he ocasionado; agradezco á V. en el alma que me aborrezca y me desprecie; declaro á

(1) Véase nuestro número anterior.



V. con toda formalidad que soy un cafre, indigno de vivir en la sociedad de las gentes; y contando con su benevolencia, parto á la China, donde tendrá V. dentro de seis meses un afectísimo y seguro servidor.

Esta relacion la pronunció D. César sin pestañear.

—Muy largo viaja V., exclamó Margarita con dulzura. ¿Por qué se va V. tan lejos?

—Por una sola razon, señora; porque he cometido en el pais de la civilizacion un desacierto notable, y voy á ver si entre los salvajes purgo mi falta.

—Vaya V. con Dios, replicó Margarita profundamente afectada.

D. César dió un paso para salir; pero volvió la cabeza, encontró á la marquesa mas bella que nunca, y se detuvo.

—Señora, ¿me da V. la mano de amiga?

La marquesa se la dió sin decir palabra.

D. César se consideró perdido: quiso de nuevo salir, volvió á mirar á la marquesa, la encontró bellísima, y se detuvo por segunda vez.

—Señora, ¿me perdona V.? dijo con suprema turbacion.

Margarita le tendió la mano otra vez sin replicar.

El pobre D. César se acordó en aquel momento de la fíbula de la codorniz, y murmuró para sus adentros:

Preso en estrecho lazo  
la codorniz sencilla,  
daba quejas al aire,  
ya tarde arrepentida.

El lazo era la mano de Margarita. D. César estaba loco de amor.

—¡Adios, señora, dijo, para siempre!

Y echó á correr hácia la puerta. Entonces volvió la vista Margarita, y como si tuviera en ella una enorme cantidad de iman, le fue atrayendo, le fue atrayendo hácia sí, como hacen las serpientes con los pájaros, hasta que el pobre D. César, sin saber cómo, se encontró de rodillas ante la marquesa.

—¡Caballero, qué hace V.? le dijo ella.

Y él contestó apasionadamente:

—Adorarla. Tenga V. compasion de mí, que soy un bestia. Me he reido hasta hoy del amor y de las mujeres; pero ya no puedo mas. Yo la amo á V. Yo pierdo con gusto la apuesta, y ahora que me he de-

clarado vencido, ahora que estoy derrotado, porque sé que V. no me ama, partiré para no volver... y conservaré siempre de V. una memoria proporcionada al amor que me ha inspirado, que es el primero que yo he tenido en la vida.

Margarita le contempló á sus pies con placer un breve momento, y lanzó despues una ruidosa carcajada:

—¡Cómo! dijo. ¡Ahora salimos con la gracia de que V. me ama! ¿Conque se declara V. vencido, señor fanfarron?... ¡Conque pierde V. la apuesta! Pues bien: ahora falta mi venganza.

Y corriendo al balcon, llamó en voz alta á Valderrobes, Monreal y Campo-Frio, que se hallaban en el jardin.

D. César temblaba como un azogado.

Era la primera vez que iba á recibir calabazas, y el aparato con que se le iban á regalar le intimidaba no poco.

Inclinó la frente resignado, y esperó.

## X.

No tardaron en llegar los amigos.

—Señores, exclamó en voz alta la marquesa: de claro á Vds. con sinceridad que han perdido la apuesta. D. César no se ha declarado á mí; pero yo le amo, y me caso con él.

D. César arrojó un grito de alegría. Corrió al lado de Margarita, y la dijo en voz baja:

—¡Bendita seas!... Tú serás feliz.

Los amigos se miraban unos á otros asombrados.

Entonces D. César, comprendiendo á fondo la abnegacion y generosidad del amor de Margarita, y á fin de evitarla la humillacion consiguiente á la espontánea manifestacion que habia hecho, dijo tambien en voz alta:

—Señores, ya he perdido la apuesta. Yo me he declarado á ella. Yo me he puesto de rodillas, como ahora me veis, para confesarla el grande, sincero y vehemente amor que en mi pecho ha despertado. Yo reitero mi confesion delante de vosotros y delante de Dios que nos está mirando á todos desde el cielo. Y si dejo de amarla mientras viva, si puedo mirar alguna vez con indiferencia su honesta sencillez, su cándida hermosura y sus virtudes, consiento en que



Dios me condene á llevar en el mundo una existencia infame, miserable y desgraciada.

Margarita volvió á tender sus manos á D. César, y se enjugó una lágrima. Tan apasionada declaración, tan grande amor, acabaron de reconciliarla con el elegido de su corazón.

Valderrobles, Monreal y Campo-Frío celebraron grandemente el suceso. Ganaban mil duros, y además un puesto en el banquete de boda.

Así que se quedaron solos con D. César, dijo Monreal:

—¡Lo que son las mujeres!... Le arrojó de aquí con piedra y niebla, y en un cuarto de hora...

—¡La habeis visto bien? exclamó D. César radiante de alegría.

¿Qué decís de este milagro?

Y los tres amigos contestaron á la par:

—¡Oh! ¡los cuartos de hora!... ¡los cuartos de hora!.....

#### EPÍLOGO.

Quince dias despues se verificó el enlace de don César y la linda marquesa.

Hoy son estremadamente dichosos, y cuando pasan la vista por este cuentecillo, estoy seguro que han de tener un buen momento, y que me han de agradecer lo que no es decible la idea de haber conñado á la estampa, sin su permiso, el raro suceso de donde dimana su presente felicidad, que pido á Dios muy de veras les conserve muchos años.

LEANDRO A. HERRERO.

### LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuación) (1).

—¡Oh, no me compareis con lo que no tiene rival en el mundo!

—Creo que tampoco vos los encontrareis, señora.

—Es que la ciencia de vos y de vuestro discípulo es exclusiva y sola como la verdad de Dios.

—Esperiencia, y nada mas. Vamos recorriendo el mundo, y en los viajes se aprende lo que nunca nos hubiera podido decir nuestro entendimiento.

—¿Y á dónde vais ahora?

—Á Jerusalén, á ese pais divino donde Rinaldi acabará de beber la Religión cristiana que ha abrazado desde niño. Nos lleva además otra idea, y es el copiar y luego traducir manuseritos de valía que duermen allí el sueño del olvido, y que solo Anibal podria descifrar y ofrecer á la generación presente.

—¿Y costeais vos tan grandes empresas?

—Nos paga el gobierno, señora.

—Muy crecida debe ser la suma que os ofrecen.

—Así así.

—Perdonad mi curiosidad de mujer. ¿Qué asignación llevais?

—Ocho mil reales anuales.

Julia hizo una admiración de pasmo, y se cubrió los ojos con la mano derecha, mientras extendiendo la izquierda sobre la cabeza del jóven, dijo:

—¡Oh! ¡Si España no fuese mi pais, desde este instante echaria sobre él un anatema de maldición!

—¡Anibal! ¡Levantad vuestra frente con orgullo! Tirad esa limosna que os ofrecen. Yo soy rica, ¿queréis ser mi hermano?

Los ojos de Anibal se llenaron de lágrimas, y respondió con modestia:

—Soy un ignorante niño, señora, y me pagan mas que merezco.

—El mundo siempre paga así el mérito verdadero.

Ese mundo que dejó morir á Cervantes en la indigencia, que vió pedir á Homero una limosna, y que permitió que Luis de Camoens comiese el negro pan de la esclavitud, despues de haber perdido en la India la mitad de la luz de sus hermosos ojos, bien puede dar impasible ocho mil reales de sueldo al prodigioso Anibal, al sin rival entre los hombres.

—Arturo estaba frente á Julia, con el brazo echado sobre el hombro de Guzmán, y ambos se miraron con asombro al ver la energía de esta mujer, mientras pronunciaba con acento firme las líneas que anteceden.

(1) Véase nuestro número anterior.



En los ojos de Arturo brillaba una ráfaga de celos, porque hubiera querido ser en aquellos momentos el singular poliglota que tanto admiraba Julia.

—Apuesto, dijo Fuensalida por lo bajo, acercándose á Guzman que acababa de separarse de Arturo para aproximarse á una mesa donde habian colocado algunos escritos de Anibal, apuesto á que se ha enamorado de ese rapaz la encopetada Julia.

—¿Sí, eh? ¿Qué decís? respondió Guzman, deseando oír mejor la blasfemia que en aquellos momentos salía de aquellos labios, acostumbrados siempre á zaherir y destrozar reputaciones á su antojo.

—Digo que la remilgada señorita, que interroga ahora á ese chiquillo que charla un poquito de cada país, parece que desea estampar los labios en la frente del jóven, segun le atrae hácia sí y le obliga con sus palabras.

El pobre muchacho está encendido como una cereza, y no hace más que desviarse de esa serpiente tentadora; pero ella le oprime y acosa de tal modo, que vamos á ver sulfurarse ese rapaz cuando mas descuidados nos hallemos.

Así logran ciertas mujeres hacer su celebridad. Con un poco de hermosura y mucha parte de audacia y descaro, adquiere cualquiera la fama de instruida y bella. ¡Vea V.! ¡Vea V.! Ahora le habla muy bajito en inglés; cualquiera diría que tiene el capricho de dar á ese barbilampiño una cita nocturna. ¡Já, já! ¡Verdad, amigo Guzman? ¡Verdad que así parece?

—¡Yo vuestro amigo! Señor de Fuensalida, dijo Guzman con desprecio: ¿desde cuándo os habeis hecho de ese título, que con tan poca frecuencia concede á nadie?

—En sociedad todos somos amigos.

—Yo nunca lo soy de un hombre como vos.

—Mirad cómo habláis.

—¡Callad y alejaos de aquí, ó no me hareis respetar la casa virtuosa donde nos hallamos!...

—¡Vamos! ¡vamos! También á vos os ha fascinado la serpiente, ¿eh? No es extraño. En todas partes hace lo mismo. ¡Qué lástima! ¡Eh! ¡qué diablo! ¡Dejarla! Día llegará en que todos la conozcan.

—¿Qué estais diciendo?

—Moderad el furor, Sr. Guzman. Un día en que la casualidad haga que nos encontremos por ahí, os contaré cosas que maravillan de esa fingida virtud, de esa reputación comprada á fuerza de hipocresía.

—¡Sois un infame!...

—¿Qué decís?

—¡Que sois un infame! volvió á decir el elegante jóven en tono tan bajo y reconcentrado, que nadie pudo oír, pero que se introdujo por el oído del calumniador como un tubo de furioso aire que viene á encender una chimenea de carbon de gas.

El rostro del malvado se puso de rojizo color, y la sonrisa irónica desapareció por unos momentos de sus labios finos y punzantes; pero quedándose poco á poco pálido como la cera, volvió á hacer jugar la máquina de su sarcasmo, y dijo sonriendo:

—Sois un cadete.

—¡Y vos un malvado!

—Estais á ciegas, pobre jóven.

—Y vos teneis todas las luces del infierno en vuestro rostro.

—Furia propia de vuestra edad, que no logra irritarme.

—Si estuviésemos en otro lugar, yo sabría hacer de modo que os irritáseis.

—Yo considero locos á todos los amantes.

—Yo no soy amante de esa señora. Soy defensor de todas.

—Un nuevo D. Quijote, ¿eh? Saldreis crucificado de entre las uñas femeniles.

—No mas palabras, caballero. Mañana á las tres de la tarde os aguardo en mi casa.

—Un desafío, ¿eh? ¡Y por mujeres! Siempre son ellas la manzana de la discordia; pero yo no cometo la tontería de matarme por ellas.

—Pero si teneis vergüenza os matareis conmigo, porque os he llamado tres veces *infame*.

—Os equivocais. Tan solo dos; la otra solo me dijisteis *malvado*.

—¿Y teneis esa desvergüenza y esa sangre fría para haberlo oído y no procurar hacerme pedazos?

—Si os matarea, no tendría el gusto de que un día os desengañáseis de que la mujer mas virtuosa ha tenido por lo regular muchos amantes antes de casarse.



—¡No escucho mas! Sois un villano, un cobarde, un asesino de honras. Os aguardo mañana, y si no acudís, os insultaré, os abofetearé en público para que no podáis escusaros.

—¡Ven! Ven, Guzman, dijo á esta sazón Arturo, que ya hablaba á su amigo con la confianza de un hermano. ¡Ven! ¡Ven! El políglota está haciendo cosas admirables en caligrafía. ¡Qué prodigio! ¡Qué admiración!

Ha formado en un momento una porción de figuras de celebrados genios.

Allí verás al célebre Magallanes, al inmortal Colón bajo un dosel, donde está el león de España y el águila imperial sosteniendo un cortinaje caprichoso, recogido por coronas de laurel con ondulantes cintas.

Todo esto lo ha bosquejado en un minuto, y ahora bosqueja un rostro por el cual le están dando aplausos. ¡Oyes! ¡oyes! ¡Es admirable! ¡es maravilloso!

—¡Pues á quién retrata?

—Á Julia; pero... ¡qué perfeccion, qué portentoso!

Una risotada estrepitosa interrumpió á los dos jóvenes. Ambos volvieron la cara, y solo vieron á Fuensalida alejándose con aire de triunfo.

—¿Por qué ríe? preguntó Arturo á Guzman.

—¡No lo sé! respondió este manifestando indiferencia, mientras miraba alejarse con marcado furor á aquel hombre depravado y cruel.

¡Yo castigaré tu osadía! dijo interiormente. Esa mujer es huérfana; pero si no tiene padres y hermanos, hay un Dios que elige entre los hombres el que ha de representar en la tierra su inexorable justicia.

Yo debo matar al que ofende de ese modo la inocencia. Es un criminal que no merece perdon.

—¿Qué tienes, Guzman? Estás distraído, dijo Arturo con inquietud.

—Voy á retirarme. Me duele la cabeza en extremo.

—¿Sin ver el retrato de Julia? Ya le habrá concluido. Anibal hace los bocetos en el tiempo que nosotros las letras mayúsculas.

—¡Vamos, vamos á verle!

Los dos jóvenes se acercaron al grupo que rodeaba aquel genio sin rival, y, abriéndose paso hasta él, vieron que estaba dando las últimas sombras al vivo traslado de Julia.

No podía darse mayor perfeccion en un boceto improvisado y hecho ante tantas personas respetables, que le miraban ávidos de admirar un portento de tal especie.

Guzman tomó el papel en la mano para contemplar mejor la imágen que tanto adoraba, y luego quiso darla á Arturo para que la viese. Este se puso tembloroso, y rehusó con cierta finura, acercándose á verlo en la misma mano de su amigo. Le parecía una profanacion cogerlo en las suyas. Creía ofender la pureza de la que tanto respetaba y amaba al mismo tiempo.

Los corazones de ambos amigos sufrían una triste lucha. Uno amaba sin ser amado, y otro veía en su amor un crimen y una ofensa para aquella mujer que pudo ser suya un día, y de la cual se había alejado por un orgullo mal entendido que había causado la desgracia de ambos.

Era una historia triste, de las muchas que pasan en el mundo, de esas que desgarran dos almas sin que nadie se aperciba de sus dolores.

¡Ay del día en que la sociedad llegase á penetrarlos!

Sabría culpar sin descubrir el por qué.

Daría sin el menor remordimiento el nombre de depravacion donde solo existía una virtud.

Porque... ¡qué mayor prueba de grandeza y sublimidad que amar y ser amado con delirio, y huir del ser que nos enloquece y nos embriaga?

¡Estiradas virtudes que os alabais de una austeridad sin límites, yo quisiera veros en la lucha!

Si no llegó á vuestros oídos una voz mas grata que el murmullo de las aves; si no percibísteis un aliento mas aromático y embriagador que las mismas flores; si no se fijaron en vuestros ojos otros ojos con mas fuego que el sol del Mediodía, ¡qué mérito encontráis en sentir vuestro corazón helado á las pasiones?

¿Veis que jamás arda una hoguera sin acercarle una luz ó una chispa que le prenda?

Pues ¿por qué soñais con una firmeza que no sabéis si teneis? ¿Por qué celebráis y confundís lo helado de vuestro marchito corazón con esa batalla singular donde el que sale vencedor es un héroe y el que sale vencido un desgraciado?



¿Creeis que se puede llegar á amar una vez y quedar despues viviendo con esa sangre fria, con ese ascetismo glacial?

¡Si habeis nacido sin corazon, dichosos y mil veces dichosos; pero si le teneis, no culpeis jamás al que le tenga!

¡Y vosotros los que no sentís, no comenteis historias que no comprendéis!...

Arturo temblaba, y Julia de lejos temblaba cual si una cadena eléctrica mandase ambos cuerpos á la vez.

El jóven damasquino, entre tanto, habia empezado otro perfil; el de la linda rubia, que á tener mas animacion, mas fuerza de voluntad y mas talento, seria otra Julia, segun su belleza.

Mustafá Abderramen miraba á su discípulo, y, á pesar de estar acostumbrado á ver los triunfos que conseguia, estaba pasmado de ver tirar con la pluma rayas y rayas y quedar á los pocos minutos bosquejada la hermosa figura de Matilde, con todos los rasgos de su perfecto semblante.

Su hermosa frente, su pudor virginal, su mirada modesta, su afable sonrisa, todo resaltaba allí, como si hubiese llevado en la tinta la vida de aquel ser y en la pluma la verdad de la forma y de la accion.

El hijo del Asia estuvo aun mas feliz en este boceto que en el de Julia, y bien lo decia la satisfaccion de su hermoso semblante; porque Aníbal, ese genio superior que mas tarde ha sido en la guerra de África el idolo de todos los que han tenido la dicha de tratarle, era entonces un niño de ojos brillantes, que decian la inspiracion de su alma.

Sus despejadas sienes revelaban la grandeza de sus ideas, y su rostro, blanco y terso como el de una virgen, no se podia mirar sin sentir hácia él una emocion de ternura como la de una madre que ve con satisfaccion la admiracion que causa su hijo.

Á Aníbal no se le miraba como un hermoso mancebo que nos agrada por sus perfecciones físicas. Á Aníbal se le queria como á un ángel que descende hasta nosotros y nos ilumina con los resplandores que despide.

La vivacidad y penetracion de sus pupilas, la dulzura de su decir y su gracioso semblante tenían to-

dos los caracteres del hombre de ciencias, á la vez que los encantos de la juventud.

Cuando presentó concluido el retrato de Matilde, todos le rodearon, y la madre de esta le estrechó contra su corazon con maternal afecto.

Pasó de mano en mano aquella singular litografía, que era en verdad una fotografia perfecta, y cuando llegó á las de los dos amigos, Arturo y Guzman, se detuvieron mucho en su exámen.

—¡Es hermosa! dijo Arturo.

—No tanto como Julia, respondió Guzman.

—En la belleza serian rivales si tuviese Matilde esa imaginacion que distingue á su amiga.

—Nunca podria igualarla.

—Eso es segun los pareceres.

—Es cierto, la mejor belleza es la que mas nos agrada.

—Vamos á entregar sus retratos á ambas.

Con efecto, se dirigieron á las jóvenes, mientras los otros estaban absortos oyendo leer y traducir al genio damasquino estos versos, escritos por un poeta árabe que nació en Granada, y en ella fue uno de los bardos orientales que mas se distinguieron.

El elegante morisco hacia alusion en estos versos á un blason riquísimo que usaban los descendientes de Alhamar, y que era la mas noble insignia de aquellos tiempos.

Como se ve, se lamentaba de que la suerte no le hubiese agraciado con ese blason, para ser digno de la bella morisca que queria.

—¡Oh! sus mejillas hermosas—con mis furtivas miradas,—cambian en ricos carmines—que afrentan á los del alba.—¡Oh si mi tímida mano—tan lindas flores tocara!—mas no mira la fortuna—los umbrales de mi casa.—El rubor virginal suyo—deslumbra en campo de plata,—cual la insignia blanca y roja—de nuestro Rey de las armas.

Aníbal leyó estos versos con la misma entonacion que los hubiera leído el granadino bardo.

Los que le escuchaban creyeron ver en él el genio de los árabes templando la hechicera guza.

Entre tanto, Arturo y Guzman se acercaron á Julia dándole el boceto del prodigioso jóven.

Julia le tomó, sonriendo dulcemente á los dos ga-



lantes caballeros; pero ¡ay! si los latidos del pulso pudieran transmitirse al rostro, hubieran visto con asombro que sus nervios querían saltar hechos pedazos.

Después se acercaron á Matilde, y la ruborosa jóven también tembló, porque amaba á Guzman con ese primer amor puro y casto como el de los ángeles.

Acercó su trémula mano para recibir el papel, y luego la desvió por un movimiento que no pudo excusar, y que quería decir: «Quedaos con él, Antonio, si es de vuestro agrado!» Con efecto, aunque Guzman no penetró lo que se le quería decir, Arturo, más avezado á inspirar á la mujer esa clase de sentimientos profundos y misteriosos á la vez, comprendió cuanto pasaba en el alma de Matilde, y dijo á su amigo con persuasivo acento:

—¿Por qué no le conservais? Esta señorita creo que no se ofendería de ello.

La jóven bajó los ojos con ese rubor hechicero que es la segunda hermosura de la mujer, y con su silencio espresivo quiso decir: «¡Conservadle!»

—¡Gracias, Matilde, gracias! murmuró Antonio Guzman maquinalmente; y guardó en su preciosa cartera de memorias aquel bosquejo lindísimo.

La jóven comprendió que había cometido una ligereza, y con esa fuerza de voluntad que tiene la mujer para disuadir de aquello mismo que desea inspirar, con ardor dijo al elegante jóven:

—Os le he ofrecido, no porque sea mi retrato, sino como un modelo del genio colosal de Aníbal Rinaldi. Esta noche todos desean aquí guardar, para memoria eterna, un solo rasgo trazado por la mano de ese precioso mancebo, que, mas bien que niño ni hombre, parece un ser sobrenatural, destelló de Dios en la tierra, é incomparable criatura que no hallará rival en el mundo.

—La rubia, aunque parece fría, tiene corazón, dijo Arturo á su amigo confidencialmente.

—Y te ama, te ama con delirio.

—¡Ojalá yo la amase también!

—No desdeñes un amor verdadero por una ilusión de tu fantasía. Mas tarde, quizás te arrepintieras de tu error.

Hay en el mundo, amigo mío, una mujer para

nosotros que Dios nos ofrece, adornada de todas las perfecciones imaginables, que haría, á no dudarlo, nuestra felicidad en la tierra.

La encontramos en nuestro camino, y no la conocemos; la dejamos pasar á nuestro lado con indiferencia, y vamos mas lejos creyendo no satisfecho nuestro deseo.

Desde aquel día todo es anhelar y sentir, correr de flor en flor, como el ave que ha perdido su nido y cree hallarle en la copa de cada arbusto que mira.

—Si te hubiese de creer, empezaría á amar á Matilde desde ahora mismo.

—Un día te pesará, si no recoges en la tuya la esencia de esa alma.

Tienen las mujeres un perfume sagrado en su primer amor, que se evapora y no vuelve á renacer cuando las hiere el primer desengaño.

—Tu alma sufre mucho, Arturo. Tú debes tener en tu existencia algún recuerdo que lacera tu corazón de continuo.

—Yo fui un loco, como lo soy todos en el mundo.

—¿No has oído decir que cada cual tiene su media naranja?

—Sí.

—Pues bien; yo encontré la mía, hermosa como ningún ángel lo ha sido, buena como la mejor de las santas. Vivía en un santuario que ninguna planta humana había podido profanar. La casualidad hizo que yo, mortal feliz, pudiese penetrar en aquella morada de paz y quietud, de religión y demás virtudes que hacen la felicidad de los seres buenos.

Allí descollaba esa mujer como una violeta, pudorosa, sin pretensiones, sin orgullo, sin ostentación.

Era rica, y vestía un modesto traje de muselina tan virginal como el precioso cuerpo que guardaba.

Tenia muchos diamantes, y solo ponía en su cabeza camelias, nardos, jacintos ó rosas, porque ella amaba la naturaleza y Dios, y despreciaba los tesoros del mundo.

Sus joyas adornaban urnas sagradas, donde tenía sus recreos, que todos eran santas devociones.

Sus ojos eran tan modestos como rasgados y hermosos; sus sienes tenían la blancura de la hoja de la azucena, y sus mejillas el encarnado de una delicada rosa.



Su talle parecia la vara de un lirio que mece blandamente el aire de las praderas.

Era un conjunto, en fin, que ningun pintor hubiera podido trasladar á sus lienzos, ni ningun poeta se hubiera atrevido á cantar por temor de profanarle.

¡Y yo la vi... y supe que me amaba, y la vi palidecer dia por dia por mi amor, y no quise adivinarla ni tributarle el culto que sus virtudes merecian!...

Y aquella flor que yo marchitaba sin piedad fue doblando su cabeza, y una vez la vi como la amapola que recibe un dia de ardiente sol en la colina donde descuella solitaria.

Dobló sus ojos pudorosos, se inclinó lánguidamente, y se dispuso á morir.

Estaba marchita: no tenia vida.

Me compadecí de ella, y acercándome lentamente procuré que alzase su cabeza doblada por el dolor, y... la flor tomó sus colores, cobró su lozanía, y volvió á la existencia, pero volvió sin fe, sin creencias, sin aroma.

Temió que el aquilon viniera á troncharla; recogió su ramaje casi reseco, y se encerró en su invernadero para no dar su perfume á los aires.

Un esfuerzo mas, y hubiera recobrado la esperanza perdida, las marchitas ilusiones, la felicidad y el porvenir; pero... ¿qué me importaba á mí entonces la pérdida de una flor modesta, en medio de tan bellísimos vergeles?

El llorar es para mas tarde.

El deplorar lo que fue, es para cuando ya no será.

Yo alumbré con un cirio, junto á un lecho mortuorio, la última agonía de un amor que hubiera sido mi eterna felicidad.

Aquella mujer moribunda por mí, al tornar á la vida, lanzó mi amor como una pesadilla, como un delirio que la hubiera acosado durante la fiebre.

Las almas buenas, pero enérgicas, podrán ser esclavas alguna vez; pero al sentir la tiranía, rompen las mas duras cadenas, y son independientes, aunque jueguen la vida en tan peligroso cambio.

Dejó de amarme, y mi orgullo se resintió á aquella idea. Tuve una lucha de algunos dias entre si era su desamor ó mi orgullo lo que me lastimaba.

Sufrió mucho, y me lancé en medio de los placeres que ella no habia sabido inspirarme.

Corrí como un loco tras de mujeres vanas, caprichosas, coquetas, que me aturdian con su hermosura.

Cada una de ellas me robó una ilusion, me dió un desengaño.

Bebí acibar en lugar de miel.

Sus caricias ya me cansaban.

Sus fingidos desdenes me daban hastío.

Sus rivalidades me parecian odiosas.

Hallé tantas cabezas diabólicas, como pocos corazoncillos sensibles.

Vi mucho materialismo, cubierto por gasas y sedas y blondas.

¡Vapor en el traje!... ¡positivismo en el alma!...

¡Coronas de blancas rosas en muchas sienas bellísimas, y ortigas en el corazon para repartirlas sin piedad!

¡Antonio! ¡Antonio! Tú no has vivido en el gran mundo. Tú puedes ser feliz.

Y, sin embargo, esas mujeres no tenian la culpa. Era mi inclinacion bastarda.

¿Por qué no las buscaba mejores?

Ellas son buenas cuando el hombre lo es.

Todas las que tornaban en ruinas mi pobre corazon, habrian acaso sido buenas y modestas, como la que habia huido de mí cual un sueño; ¡pero quizás otro ser como yo, de alma gastada casi al nacer, habia desflorado sus ilusiones!

Engañadas una vez en sus santas creencias, querian á la vez engañar y vengarse de la ingratitud.

El despecho las hace crueles.

El mal ejemplo pervierte sus buenos instintos.

Todas las mujeres fueran ángeles si los hombres las amasen como merecen.

Verdad que he conocido muy tarde. ¿Lo creerás?

Después de perder de mi vista el querube que dejé cruzar por mi vida cual una ráfaga, entregué mi nombre y mi mano á una mujer herida ya en el corazon por multitud de dardos.

Llegó mi palabra á su oido sin fuerza ni valor, porque aquel oido estaba gangrenado por la lisonja, corroido por la adulacion.

Y fui desgraciado, y me quejé de mi desgracia, y me acordé del tesoro que habia perdido, y maldije la ponzoña que habia traído á mi casa.



Me pregunté muchas veces de quién era la culpa, y apenas me atrevía á responderme á mí mismo.

Y un día hallé sobre la mesa de mi cuarto las poesías de una gran mujer que apellidaban *Décima Musa*.

Esta mujer era religiosa, se llamaba sor Juana Inés de la Cruz, y había resuelto mi problema hacia dos siglos en las siguientes redondillas, que no he podido olvidar un instante:

"Hombres necios que acusais  
á la mujer sin razon,  
sin ver que sois la ocasion  
de lo mismo que culpais.  
Si con ansia sin igual  
solicitais su desden,  
¿por qué quereis que obren bien  
si las incitais al mal?  
¿Quereis con presuncion necia  
hallar á la que buscáis,  
para pretendida, Thais,  
y en la posesion Lucrecia?

.....  
"¿Qué humor puede haber mas raro  
que el que falto de consejo,  
él mismo empaña el espejo  
y siente que no esté claro?

.....  
"Con el favor y el desden  
teneis condicion igual,  
quejándoos si os tratan mal,  
burlándoos si os quieren bien.  
Siempre tan necios andais,  
que con desigual nivel  
á una culpais por cruel  
y á otra por fácil culpais.  
Pues... ¿cómo ha de estar templada  
la que vuestro amor pretende,  
si la que es ingrata ofende  
y la que es fácil enfada?

.....  
"Dan vuestras amantes penas  
á sus libertades alas,  
y despues de hacerlas malas  
las quereis hallar muy buenas.

.....  
"Pues... ¿para qué os espantais  
de la culpa que teneis?  
(Queredlas cual las haceis,  
ó hacedlas cual las buscáis)."

Entretenidos Guzman y Arturo en su conferencia, no vieron partir á Aníbal y su maestro, y cuando volvieron en sí deploraron esta ausencia, prometiendo en su interior ir á saludar al día siguiente á la joya de Damasco.

## XVIII.

## El gabinete de Julia.

No habia persona á quien concediese Julia el derecho de entrar en su lindísimo gabinete, que no le creyese un modelo de gusto y elegancia.

Su alfombra era chinesca, sus butacas de raso elegantísimas, su cortinaje rico en demasía, los flores traídos del Japon eran tan transparentes y de colores tan bellos, que se confundían con las pintadas flores de china las naturales que contenían en preciosos ramos.

Aquel aposento despedía el aroma de la mujer hermosa, joven y elegante, al par que la tranquilidad y la quietud del de una mujer religiosa y buena.

(Se continuará.)

## REVISTA DE TEATROS.

## ÁLBUM DE "LA VIOLETA."

Á pesar de tantas suposiciones en contra, en la noche del 17 inauguráronse de una manera brillante las funciones del teatro Real. Ante una inmensa concurrencia, púsose en escena, por vez primera en la presente temporada, *Roberto el Diabolo*. Impaciente y un tanto desconfiado el público, comenzó, sin embargo, á aplaudir en los dos primeros actos á las señoras Penco y Vitali; pero al llegar al magnífico tercer acto el entusiasmo se derramó por todos los ángulos del regio salon, y la Sra. Penco y los señores Selva y Nicolini fueron aplaudidos hasta el delirio. Hermosa ovacion que prueba la justicia del público y sirve de leccion á la empresa, á quien por su bien pedimos no deje eclipsarse el triunfo de aquella noche. La ópera fue puesta en escena de una manera digna y con un lujo regio. Las decoraciones, encantadoras; aquel efecto de luna sobre las tumbas, sorprendente.

La nueva bailarina, Sra. Cosani, fue recibida por el público cual correspondia á sus buenas facultades.

La representacion de *Don Pasquale*, por la que se abrigaban nuevos temores, dió el mismo feliz resultado; ejecucion perfecta en los artistas, y aplausos



entusiastas en el público. Siga la empresa el camino que nuevamente se ha trazado, y no dudamos que conseguirá borrar desagradables recuerdos, captándose por segunda vez las simpatías del mundo elegante.

En el teatro del Príncipe siguen las representaciones de la *Batalla de Damas*, donde Matilde raya á la altura de su nombre y Manuel Catalina crea un tipo delicadísimo é interesante; SS. MM. honraron este coliseo con su presencia la noche del 22, donde, á beneficio de los pobres de la parroquia de San Andrés, se volvió á representar la comedia tan afortunada *Las Cañas se vuelven lanzas*, y el delicioso juguete cómico *Remedio contra las suegras*.

Se ensaya en este teatro la conocida comedia *Intrigas de tocador*, y se ha admitido, según parece, una comedia de capa y espada titulada *El Caballero de Gracia*.

En el teatro de Jovellanos estrenose con buen éxito la zarzuela nueva, arreglo (es de rigor), con el título de *La Campana de la ermita*. Versos fáciles y situaciones violentas; la música, excelente; el traductor del libro es el Sr. Pastorfidio. El decorado de esta obra está llamado á dar muy buenas entradas á dicho teatro.

Nosotros quisiéramos saber la causa por qué, con perjuicio de su autor, se ha retirado por la empresa la aplaudida comedia del Sr. Puente y Brañas titulada *De la mano á la boca*, cuando tan buenas entradas se hallaba rindiendo. Sentiremos que influencias *estrategales* sean la causa en este coliseo de que se vea postergado el verdadero mérito, la hoy inconcebible originalidad.

En el teatro del Circo siguen los ensayos de la zarzuela nueva en tres actos, libro de D. Darío Céspedes y música del maestro Arrieta, nominada *El Toque de ánimas*, lindo episodio de la vida de aquel artista de las montañas apellidado *Salvator Rossa*, y en cuya obra se cifran brillantes esperanzas que deseamos de todo corazón ver realizadas. En tanto, en el mismo coliseo, y como únicas novedades, se han cantado las zarzuelas *¡Si yo fuera Rey!* *Cadenas de oro* y *Angelita*, en la cual, y sea dicho de paso, hallamos á los artistas que la desempeñaban sobradamente distraídos: aviso á quien corresponda.

En el teatro de Variedades ha tenido lugar una de esas solemnidades artísticas y literarias de que guardan memoria todos los amantes de nuestras glorias nacionales. Romea, Julian Romea, ese genio de la escena española, tipo acabado de la eminencia escénica, artista modelado bajo esa mano invisible que diviniza el espíritu y enciende la luz del genio; Romea, como nuevo Lázaro y á la voz del sublime arte de Maiquez y Caprara, ha vuelto á aparecer sobre ese mundo de ilusiones y laureles que se llama *teatro*, arrebatando con su genio y haciendo verter lágrimas con su entusiasta agradecimiento. Dichosos los mortales que consiguen interesar hasta el punto que el Sr. Romea interesa!

Julian Romea no es solo el actor, no es únicamente el artista privilegiado, es el arte español, la sombra trasparente del genio, la tradición primorosa que de generación en generación, bien se haya apellidado Villaldrando, ó Rueda, Maiquez ó Latorre, viene hace siglos sosteniendo sobre sus alas las dulces creaciones de Lope y Calderon, de Tirso y Moratin, de Breton y Hartzzenbusch. Por eso en la dichosa noche que ante una concurrencia numerosísima, y en la hermosa comedia del eminente Ventura de la Vega *El Hombre de mundo*, apareció como un gigante en el reducido escenario de Variedades el Sr. Romea, el entusiasmo del público rayó en el frepé, en la locura; llovieron coronas, flores y versos sobre el célebre artista, que conmovido, pronto á romper en llanto, ni aun acertaba á dirigir la palabra al público para darle gracias de aquella ovación sublime, espontánea y justa.

Preciosas composiciones se leyeron aquella noche en loor del Sr. Romea: en todas brilla el entusiasmo; pero dos, en especial, merecen la particular atención: la una pertenece al Sr. D. Ricardo de la Vega, hijo del ilustre autor de *César*, llena de sencillez y de ternura, y la otra al primero de nuestros actores cómicos, al nunca bien ponderado Mariano Fernandez, que en unas preciosas quintillas encerró toda la efusión de un cariño entusiasta y de un respeto conmovedor.

En este teatro se prepara también la comedia de Moratin *El Café*, donde el Sr. Romea brilla tanto, interpretando la difícil parte del ridículo poeta don



Eleuterio. Auguramos una nueva ovación. ¡Gloria al arte!

Del teatro de Novedades no decimos nada, porque así lo hemos ofrecido, y no nos gusta quebrantar nunca nuestro propósito.

Hasta aquí los teatros de Madrid.

En provincias continúa también la animación de los círculos de Talía.

En Barcelona, y con el título de *Tirso*, se acaba de construir un nuevo y lindísimo coliseo capaz de seiscientas personas.

En Zaragoza, Isidoro Valero ha sido muy aplaudido en la comedia de García Gutiérrez *Las Cañas se vuelven lanzas*.

En el mismo teatro ha sido estrepitosamente aplaudida *La Quiebra de un Banquero*, de D. Luis Blanc, en cuya obra se ha distinguido extraordinariamente la Sra. Carbonell, que con su claro talento cada día se hace aplaudir más y con mayor justicia del distinguido público aragonés.

En Valladolid continúa Arjona arrancando merecidos aplausos.

En Granada, el distinguido Jordan sigue captándose las simpatías del público con su genio artístico, que por bien del teatro español quisiéramos admirar en Madrid. La apreciable Sra. Losada sigue también compartiendo los triunfos del Sr. Jordan, y haciéndose aplaudir en cuantas obras ponen en escena.

Esto y mucho más puedo decir de provincias, bellísimas lectoras; pero vuestra vida está en la corte, y poco, muy poco os debe importar lo que pasa tras ese círculo de luz y de flores que os rodea.

Veo con inefable placer que no desoléis los ruegos de la desdicha, y que os apresuréis á depositar vuestras dádivas en la mano que la caridad ha tendido para los desventurados.

Seguid así el camino que os dicta vuestro noble y tierno corazón, y no dudeis que vuestros brillantes hechizos, vuestras gracias encantadoras, tendrán, como el más precioso atavío, esa perfumada aureola que la Madre del Crucificado derrama sobre las sienes de los que, como vosotras, así consuelan al triste y enjugan lágrimas de los que lloran.

JOAQUÍN TOMELO Y BENEDICTO.

## MODAS.

### CORREO DE SEÑORITAS.

La estación que avanza nos ofrece un conjunto de tejidos verdaderamente espléndidos. El *moiré anti-* que no es ya una hermosa tela lisa como el antiguo, sino mezclado de dibujos; rayas, florecillas, lunares graduados, geroglíficos, etc., ya sean mate ó de terciopelo, reproduciéndose iguales disposiciones también sobre el tafetán.

El otro esplendor es el raso, que aun cuando se le tolera liso, es preferido á menudas rayas de terciopelo.

La novedad como hechura es la doble falda, abierta la de encima por delante y por detrás en toda su altura, de modo que permita ver la de debajo de diferente color. Esta debe llevar solamente un pequeño volante en el bajo montado llano, y superado de un cordón de pasamanería, siendo en la segunda falda (generalmente de raso) en donde abundan los adornos de cordones, placas, botones, cadenetitas en pasamanería perlada, en fin, un lujo inimaginable. Todas estas fantasías que tienden á causar efecto, son ciertamente muy lindas para las estaturas algo elevadas, pues las demás parecerían abrumadas bajo el peso de los adornos.

Las aldetas han recuperado su favor, dándoseles infinitas formas y nombres; pero, como quiera que sea, son aldetas y nada más.

Protestamos decididamente contra los cinturones Imperio con grande hebilla sobre las aldetas; es necesario adoptar una cosa ú otra, pues hay quien no solamente comete este contrasentido, sino que lo coloca también sobre las confecciones á talle, lo que es horriblemente feo y sin gracia. Si nos cautivan los cinturones, tengamos suficiente valor para sacrificar las aldetas, porque la mezcla de ambas cosas es horripilante.

Podemos anunciar á nuestras lectoras la buena nueva de las mangas de codo para el invierno.

Con respecto á confecciones ejercerá dominio el paletot, escusivamente corto, de diferentes formas, y siendo el cimbreado sin ajustar y hendido por detrás hasta el talle el más adoptado. El gran género es la



felpa de color con ilustracion de botones fantasía, preferida por las elegantes por ser menos seria que el terciopelo. Las vestimentas de este último irán adornadas de pasamanerías, de guipures ó de bordados. No es ahora cuestion de la manera de guarnecerlas con piel, pero creemos que los estrechos *rouleaux* obtendrán éxito.

Los sombreros son tal cual los ha creado la última estacion; apenas levantan dos ó tres dedos sobre la cabeza, y el copete huye por detras, conservando esta tendencia aun los de fondo liso y tendido. Las capotas son corridas á lo largo, y adornadas á veces de gruesas perlas negras que con frecuencia rodean el borde del ala. Generalmente no llevan bavolet, ó muy pequeño si lo llevan, reemplazándose si no por un guarnecido de encaje, un bullonado ó un lazo. Ofrecemos, en conclusion, dos deliciosos modelos para vestir.

Uno de terciopelo hendido por los lados y corrido por encima; esta banda de bullones se estiende desde el borde del ala hasta el fondo, encajonada en una pasamanería de abalorio que forma franja por detras. Bajo dicha franja se percibe un guarnecido de encaje semivelando una rosa y un grueso capullo colocados sobre el lado. El otro es de terciopelo imperial blanco, con doble volante de tul y una pluma blanca sobre el fondo retenida por una cabeza de colibrí, rodeada de sus plumas formando escarpela.

Por último, uno de *semi-toilette* de raso negro sembrado de estrellas de abalorio y con un bullonado de terciopelo verde alrededor del ala, que se prolonga á guisa de bavolet. Sobre este tiene una guirnalda de *fuchias* en terciopelo negro, que descende sobre el verde, y cuyo follaje se destaca sobre el raso negro; un interior en conexión; bridas de terciopelo verde, y por detras un largo lazo de raso negro.

JOAQUINA DE CARNICERO.

#### ESPLICACION DEL GRABADO DE LENCERÍA.

1.º Sombrero de raso blanco, sin bavolet, adornado encima del ala y cerca de la copa de una blon-

da figurando conchas, en la cual van colocadas flores de terciopelo. Flores en el interior y fauchon de encaje, cayendo como un velo. Caidas de terciopelo color de pensamiento.

2.º Sombrero de terciopelo: un pequeño encaje reemplaza el bavolet. En un lado lleva un lazo de cinta verde. Plumas encima de la copa que descenden por un lado, y otras caen por el borde del ala. Caidas de terciopelo verde.

3.º Gorra de tul moteado figurando redecilla. El fondo flojo está rodeado de un torcido de cinta color de rosa que termina por dos largos cabos en un lado, y en el otro por dos rosas que caen detras de la oreja. Otras en lo alto del bandó y el mismo retorcido de cinta.

4.º Otra gorra de muselina bordada: fauchon por delante y fondo flojo detras. Una larga cinta azul con bordado por ambos lados en tira de muselina la atraviesa enteramente, despues de unas conchitas puestas en cada lado.

5.º Torera para traje de baile. Se hace de tul flojo, recogido de trecho en trecho con flores; toda ella se rodea de un bullon por entre el cual pasa una cinta color rosa y un encaje.

6.º Cuerpo de muselina bordado para reunion de confianza. Es alto; una drapería vuelta figura vesta-jockey igual, levantado por una tira: manga larga lisa. Cinturon de tafetan.

7.º Traje para niño de tres años: se compone de vestido y *par-dessus* de cachemira color de ceniza, adornado de galones y de botones de terciopelo. El *par-dessus* está forrado de tafetan piqué.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.





*L'eng. Sup. r. des. Mous. 68.*

LA VIOLETA

*Redaccion y Administracion*  
Ayuntamiento de Madrid



